

# Las tardes de Florida

Diana Napolitano

Jamás pensé que yo podría llegar a tal extremo. Pero tenía 17 años y era muy rara según mi familia.

Miguel se fue convirtiendo en el centro de mi vida oculta, pues nadie sabía de nosotros.

Fueron más de dos años de hablar por teléfono sin conocernos. Empezó a llamar cerca de mis 15 años. Era el tiempo de los “asaltos” donde nos juntábamos con los amigos, que mi madre tenía bien estudiados e investigados. Los mismos chistes, la misma música: Refrescos Musicales, con “Los dengues de Manuel”.

Miguel no participó nunca de mi vida social, ni yo de la de él. Nadie supo. Un día nos conocimos.

Yo era Sofía, la estudiosa, pero rara. Buena alumna, frenética lectora, siempre desagradada del entorno familiar. Mirada triste, pelo largo y lacio. Flaca y alta... una “Alejandra” como dijo Miguel cuando me conoció, comparándome con el personaje de la novela de Sábato. Hasta el día de hoy siento que ése parecido me marcó profundamente. El, igual que Martín de Sobre héroes y tumbas, me miraba, me devoraba con los ojos y callaba. Yo, que casi no hablaba en mi casa, con Miguel hablaba horas y horas.

Al mes de encontrarnos comenzaron “las tardes de Florida” y nació la otra Sofía, la apasionada y desesperada. La que rondaba el teléfono y deseaba que sonara. Cerca de las seis de la tarde, me devoraba la inquietud de verlo, y corría a la calle Florida, ya sea desde la Facultad de Letras donde estudiaba, de Bellas Artes o de cualquier otro lugar o cosa que estuviera haciendo. Lo llamaba por teléfono al Banco donde trabajaba y nos encontrábamos en la calle Florida. A veces unos minutos, otras, largas horas. Nos mirábamos, caminábamos, tomábamos un eterno té, o nos quedábamos callados, sabiendo que todo estaba bien, porque estábamos juntos. Nunca nos hicimos preguntas personales, yo nada sabía de su entorno, familia, amigos, o novia. El tampoco preguntaba.

Pasó la vida, atrás quedaron los días de los besos interminables. La urgencia de estar juntos, de mirarnos, de hablar de libros amados, de escapar a Martínez para bailar muy juntos “Sabor a mí”.

Un día me avisó que se casaba. Nada le pregunté. Al año me casé yo. Y siguió pasando la vida...

Ya separada, nos chocamos en el subte de Palermo. Recuerdo que llovía y yo tenía puesto un impermeable negro y sombrero. Todo estaba igual entre los dos. Supe que tenía una hija. Intentamos volver a las tardes de Florida, pero ¡ya se habían ido!...

Intentamos amarnos de otra forma pero ¡ya era tarde!

Yo estaba mal, mi matrimonio había sido un desastre. Me dolía el corazón. Estaba vacía. Miguel hablo de separarse de su esposa. Dije no.

Siguió la vida. Me fui del país. Pasaron cinco años y volví. Madura como artista, triste como mujer. El me esperaba, viudo y con tres hijos. Yo estaba muy dañada por un amor extranjero y un hijo que no nació. Dije no.

Pasó la vida como siempre. Me volví a casar y supe que hay encuentros únicos, amores inolvidables, y distintas etapas de la vida...

Un día, yo volvía de Lanus y traía un cuadro. Me quedé parada mirando el gentío en el hall central de Constitución, cuando a mi lado sentí una presencia: ¡era Miguel! Tomamos un té, ni recuerdo lo que hablamos, nos miramos mucho, sus

**ojos estaban húmedos, mi corazón latía. Me alcanzó con el taxi a mi casa, y el siguió su camino. También se había casado. No lo volví a ver. Traté de evitar las estaciones de subte y de tren.**

**Han pasado varias décadas y siento que perdí muchos pedazos de mi corazón, tal vez Miguel siente lo mismo. Buscábamos algo que teníamos delante nuestro, único, casi perfecto, pero no nos dimos cuenta.**

**Ahora solo nos quedan “Las tardes de Florida”, intocables y eternas. Nos queda pensar que “pudo haber sido”, que “era el amor”, o no sé cuantas cosas más. Yo creo que hubo un destiempo imposible de solucionar.**

**Pero lo que nadie me podrá robar jamás es la maravillosa urgencia por oír su voz y desear sentirlo cerca.**

**Las tardes de Florida son y serán para mí, una postal eterna.**

.....